

## JOSÉ MARÍA ARTOLA, OP, IN MEMORIAM

José Antonio Marina

Agradezco a *Estudios Filosóficos* que me dé ocasión para recordar al P. José María Artola OP. No es mi intención hacer un repaso académico de su obra, que está ahí para quien quiera leerla, sino hablar de cómo vivió su experiencia teológico-filosófica, y de cómo las conversaciones que mantuvimos durante medio siglo de amistad pueden ayudar a interpretar sus escritos.

Conocí al P. José María Artola cuando en 1957 llegué a estudiar al recién inaugurado Colegio Mayor Aquinas. En aquellos años, el Colegio Mayor era un bonito proyecto educativo, que coincidió con una brillante época intelectual de la orden dominicana. El P. Artola era tutor de los alumnos de filosofía, que éramos cuatro: Juan José Rosado, que luego fue catedrático de metafísica en Valencia; Manuel Manteiga, después catedrático de Bachillerato; Álvaro Pombo, actual miembro de la Real Academia de la Lengua; y yo. También pertenecía al grupo, aunque ya había terminado la carrera, Agustín Cordero, que en aquel momento colaboraba con el P. Úbeda en los comentarios al “Tratado sobre el hombre”, de la *Suma Teológica* de Tomás de Aquino. Este grupo vivíamos apasionadamente la filosofía. Hablábamos y discutíamos mucho. Durante los tres años que estudié en el Aquinas asistí a la que tal vez haya sido la última gran aproximación de la teología a la filosofía, y del catolicismo a la cultura. Resonaban los nombres de los dominicos Congar, Chenu, Spicq, Schillebeeckx, Dubarle. Acababa de aparecer la traducción española de la obra de Charles Moeller *Literatura del siglo XX y cristianismo*. Aranguren, tras escribir *Catolicismo día tras día* y *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, publicó su *Ética*. Las “Conversaciones de Gredos” reunían a muchos intelectuales católicos españoles. Comencé, pues, mi acercamiento a la filosofía en un momento en que parecía posible filosofar desde el cristianismo. Muchas veces comenté con el P. Artola –interesado en la historia de los conceptos y de los movimientos intelectuales– las razones de que aquel vigor intelectual desapareciera, sin que llegáramos a más conclusión que la melancolía.

El primer texto que leí de Artola fue un trabajo académico sobre la analogía, escrito creo que bajo la dirección del P. Ramírez, durante sus estudios

de teología. Lo menciono porque creo que determinó su posterior andadura investigadora. Se trata de un tema esencial para la posibilidad de la teología. Sólo podemos hablar de Dios analógicamente. La analogía es un tema teológico, metafísico, lógico, epistemológico y lingüístico. Implicaba, pues, todos los campos que interesaban a Artola. En nuestras conversaciones a lo largo de los años volvía una y otra vez sobre este asunto. Karl Barth, desde el protestantismo radical, había escrito que la *analogía entis* era una creación del anticristo, y que el hecho de que el catolicismo la admitiera le alejaba irremediablemente de él. Para Barth, la separación entre Dios y las criaturas, entre razón y fe, entre la palabra humana y la palabra divina era infinita. No había puente posible. Este fue el problema con que se enfrentó el P. Artola a lo largo de su vida filosófica. ¿Cómo es posible hablar de Dios? ¿Cómo podemos pensar la relación entre lo finito –lenguaje, criatura– y lo infinito? Todavía en 1988, en el prólogo a *Racionalidad e Idealidad* (San Esteban, Salamanca, 1988), al comentar el significado del idealismo alemán, escribió: “el movimiento del ‘logos’ en el idealismo me ha parecido un paralelo y, aún más, de lo que en la herencia medieval fue la analogía, entendida no como la peculiar forma de predicación de unos conceptos, sino como una evolución conceptual”.

La relación entre Dios y la realidad fue el tema de su primer libro publicado, *Creacion y Participación* (Aquinas, Madrid, 1963). Es una obra por la que siempre he sentido un gran interés, y que utilicé intensamente al escribir *Dictamen sobre Dios*. En un momento en que la Universidad española estaba invadida por un tomismo políticamente correcto y filosóficamente vulgar, y cuando especialistas como el P. Ramírez habían convertido la filosofía en una erudición sobre la obra de Tomás de Aquino, el P. Artola estudió un deslumbrante, olvidado y esencial aspecto de la teología tomista: el modo como las criaturas participan de Dios o el modo como Dios está presente en las criaturas. Es cierto que este aspecto lo habían estudiado Cornelio Fabro y Louis Bertrand Geiger, pero la obra de Artola me parece más completa. Expone con claridad que Tomás de Aquino construye un sistema de doble dirección. Una, ascendente, pasa de lo sensible a Dios. De las criaturas a su Creador. Es la primera en el orden epistemológico, porque nuestro conocimiento tiene un origen perceptivo. Pero la segunda vía es descendente. Va de Dios a la realidad sensible. Del Creador a las criaturas. La primera vía es inductiva. La segunda podría ser deductiva. Me parece una bellísima arquitectura conceptual.

El tema de la participación tiene como concepto central el *esse*, la gran aportación tomista a la historia de la filosofía. Dios es el existir puro y los seres finitos participan del existir –es decir de la divinidad– de acuerdo con su esencia. La piedra participa como piedra, el perro como perro y el hombre como hombre. Aquí el genio de Aquino da un paso más. Dios está presente en el ser humano físicamente, como en la piedra, vitalmente como en el perro, e intelectualmente, como fuente y objeto del conocimiento. Hablábamos mucho sobre el “deseo natural” en la obra de Santo Tomás y también sobre el conocimiento por connaturalidad, temas que nos parecían muy sugerentes. En la experiencia religiosa profunda hay siempre una tentación panteísta.

Dios está en todas las cosas, brilla en ellas. El concepto de participación del existir divino era una solución genial a un problema difícil de resolver. Posiblemente Heidegger –a quien Artola estudió con asiduidad hasta poco antes de morir– sintió ante el Ser una experiencia fundamentalmente religiosa, acaso por influencia del dominico Eckhart, un gran personaje que interesó mucho a Artola por su idea de que el Existir estaba por encima de Dios. Por cierto, Jacques Maritain acabó admitiendo un cierto “misticismo del existir”.

Aunque volvió años después a ocuparse del pensamiento tomista, comentando el “Tratado de la creación” en una nueva edición de la *Suma teológica*, Artola dedicó prácticamente el resto de su actividad investigadora a estudiar la historia del pensamiento europeo desde Kant, especialmente el fascinante periodo del idealismo alemán. Fui testigo de esa evolución, pues pasó el verano de 1970 en mi casa, escribiendo *Hegel, la filosofía como retorno* (G. del Toro, 1992), y el verano siguiente estudiando la obra de Hans Küng *La encarnación de Dios*. Comento este hecho porque me parece significativo. Küng quiso saber si el sistema hegeliano podía permitir la elaboración de una nueva cristología. La preocupación de Artola era básicamente la misma. Kant, sin quererlo, había extendido un profundo escepticismo acerca de la posibilidad de pensar a Dios, escepticismo que los pensadores idealistas hicieron saltar por los aires. El idealismo afirmó apasionadamente –como lo hacía todo– la posibilidad de llegar a una “presentación de Dios”. Tenía la poderosa convicción de que se podía pensar el mundo tal como estuvo en la mente de Dios. “Esta pretensión –escribió Artola– vendría a ser la presentación de todo lo real a la luz meridiana del sol más elevado, al que trabajosamente debe acercarse, presintiendo de antemano su presencia en la propia conciencia, incluso cuando esta se ocupa de algo muy lejano a esa fuente de luz y realidad” (*Racionalidad e idealidad*, I, 10). Si la Ilustración reducía el cristianismo a una propedéutica de la razón y, para ello, reinterpretaba el cristianismo como una fase previa a lo racional, “este idealismo entiende que tal reducción no entendía el sentido del misterio para la razón. De ahí que considere que el misterio es el anuncio de una dimensión superior al entendimiento, pero dentro de la capacidad de la razón. La razón podrá pensar no solo la vida –dicho así, genéricamente– sino también lo que en la vida es más característico, la mutua inclusión de ser y no ser en su seno” (*Ibid.*, 10-11). Pensar a Dios es pensar esta dialéctica del ser y del no ser.

Hegel permitió a Artola continuar estudiando la participación. “El origen cristiano (de toda la filosofía hegeliana) matizado por su luteranismo orienta a Hegel hacia una polarización de la cuestión en términos de ‘comunicación’ entre lo finito y lo infinito o bien de manifestación. Si lo infinito es lo verdaderamente real, lo finito sólo adquiere realidad como manifestación de lo infinito” (*Racionalidad e idealidad*, II, 225). Tomás de Aquino había ascendido de las criaturas a Dios aristotélicamente y había descendido de Dios a las criaturas platónicamente. ¿No sería posible hacer ese descenso “hegelianamente”?

No sólo su constante interés por relacionar la finitud y la infinitud llevó a Artola a convertirse en el mejor especialista español en Hegel, sino las coincidencias que había entre el modo de entender la tarea filosófica de ambos autores. Artola tituló su libro sobre Hegel *La filosofía como retorno*. Hegel creía que había un movimiento del pensar que se desplegaba autónomamente en la vida del concepto, y que la tarea de la filosofía era volver sobre lo pensado. Comprenderlo y asumirlo. Artola, también. Por eso, le interesó la gran síntesis de platonismo, aristotelismo y teología cristiana que hace Tomás de Aquino; por eso, le interesó Hegel, que pretendía compendiar en sí mismo la historia de la filosofía; por eso, le interesó el Heidegger hermeneuta. Era como si pensara que la única forma de hacer filosofía era haciendo historia de la filosofía. Fue la tesis hegeliana. “Hegel –escribió Artola– es esencialmente no sólo filósofo de la historia sino, más bien, quien ha intentado, con el mayor rigor, introducir la historia en la filosofía”. La tradición no es una mera recepción de lo transmitido, sino la plenitud de una experiencia que crece, madura, se contradice, se supera. Este era un tema continuo de discusión entre Artola y yo. Hegel creía que la filosofía aparece siempre en momentos de decadencia. Por mi parte, pienso en la filosofía como saber de frontera, de avanzadilla, de exploración, y me irrita la repetida frase de Hegel que afirma que siempre llega tarde. Artola era hegeliano en su modo de concebir el saber. El presente era, de alguna manera, la maduración del pasado. Así interpreto su decisión de no escribir nada personal. Toda su obra está dedicada a otros autores: Aristóteles, Tomás de Aquino, Kant, Hegel, Fichte, Schelling, Coleridge, Krause, Heidegger, aunque él no era historiador. Tan sólo quería asimilar la experiencia filosófica de esos grandes autores. Y creo que ese interés estaba movido por otro interés más alto o más profundo, o ambas cosas a la vez: cómo integrar la experiencia filosófica con la experiencia religiosa. La gran serenidad con que le vi vivir sus últimos años me hace pensar que tal vez había conseguido esa cuadratura del círculo.